

## El origen de *bable* y su reinterpretación onomatopéyica

Recibido: 22/04/2015

Aceptado: 27/07/2015

### RESUMEN:

*En la explicación del origen de bable han prevalecido las hipótesis onomatopéyicas, tanto si se ha partido de la voz natural BABL como de los adverbios latinos BALBE y BARBARE; en particular del último, que proporciona una solución similar a ROMANICE (> romance) o VASCONICE (> vascuence). Cualquiera de las tres soluciones allana las dificultades fonéticas, pero no así las de contenido. Aquí sostenemos, como ya apuntó Munthe, que el étimo de bable es FABLA ("habla"). Si, por una parte, este evolucionó fonéticamente a fala en asturiano, como en gallego-portugués, por otra, su consonante inicial pasó a b- por reduplicación silábica. B-able surge, pues, de un cambio morfológico característico de la lengua familiar y análogo al del hipocorístico inglés B-ob a partir de R-ob(ert). La nueva configuración de la palabra ha facilitado su reinterpretación onomatopéyica.*

**PALABRAS CLAVE:** reduplicación silábica, onomatopeya, latín vulgar.

### ABSTRACT:

*In the explanations given of the origin of the word bable onomatopoeic hypotheses have prevailed, based both on the natural term BABL and on the Latin adverbs BALBE and BARBARE. The latter is cited often in particular, suggesting a solution similar to ROMANICE (> romance) and VASCONICE (> vascuence). All three of these solutions resolve any phonetic difficulties, but do not deal with those related to content. In this article, we suggest that the etymon of bable is FABLA ("speech"), as has already been proposed by Munthe. If, on the one hand, this evolved phonetically to fala in Asturian, as in Galician-Portuguese, on the other, its initial consonant became b- as a result of*

*syllabic reduplication. B-able arises, therefore, as the result of a morphological change characteristic of familiar language and similar to the hypocoristic English B-ob from R-ob(ert). The word's new configuration then gave rise to its onomatopoeic reinterpretation.*

**KEY WORDS:** *syllabic reduplication, onomatopoeia, Vulgar Latin.*

## **1. El origen de *bable*. Dificultades históricas, fonéticas y significativas de la palabra**

La primera vez que nos fijamos en la palabra *bable* y tratamos de percibir su sentido etimológico, sentimos que bajo su forma un tanto pintoresca latía el viejo sustantivo latino *fabula*, con el significado que convenía a su designación de habla regional. El DRAE que, por su actualidad y autoridad académica, suele ser nuestra primera consulta lexicográfica la presentaba como voz onomatopéyica y así se mantiene en la última edición. Sin embargo, hace tiempo que, sin mayor indagación, la habíamos incluido en la lista de onomatopeyas sospechosas. La invitación cursada por el Prof. Alfonso García Leal para pronunciar una ponencia en el XI Congreso Internacional de Latín Vulgar y Tardío en septiembre de 2014 en la Universidad de Oviedo nos llevó a hablar de la máscara de la onomatopeya que oculta tanto latín en el punto de partida de tantas y tantas palabras románicas. Era la ocasión para concluir, en atención a la sede ovetense, hablando del origen de *bable*<sup>1</sup>. Pero el apéndice de entonces ha tomado el cuerpo del presente artículo.

No carece de interés que ya Munthe daba *FABULA* como segunda hipótesis etimológica: “Para la explicación de la palabra *bable* se ha propuesto, por una parte, *balbus*, *balbulus*; por otra,

---

1 Durante la celebración del congreso Clara E. Prieto Entrialgo, miembro del Comité de Organización, además de ser prudente objetora de la solución que proponíamos, nos proporcionó útiles informaciones bibliográficas y, una vez concluido el trabajo, nos ha hecho interesantes sugerencias de detalle. Por todo lo cual, le expresamos aquí nuestro reconocimiento. Por otra parte, hemos realizado esta investigación, junto con la mencionada ponencia, en el marco del proyecto de “Semántica latino-románica” (ref. FFI2012-34826) que dirigimos.

*fabula*. Pero en realidad la palabra aparece ya formada (acaso deformadamente de la antigua *fabla*)<sup>2</sup>. A nuestro entender, esa sugerencia entre paréntesis da en la diana del origen de la palabra: *bable* no es otra cosa que una “deformación” de *fabla*. Pero analicemos antes la solución onomatopéyica que ha prevalecido.

Con no poca prudencia en lo que toca a la expresión inicial, se dice en el DCECH (1980, s. v. *bable*) que el nombre del dialecto asturiano “seguramente es onomatopeya para indicar el habla confusa y balbuciente de las personas de lenguaje imperfecto”. En apoyo de esta hipótesis se compara la palabra con otras “formadas paralelamente”, como el ingl. *babble* ‘balbucear (niños o adultos)’, al que pueden añadirse el dan. *bable*, el isl. *babbla*, el al. *babbeln* (*pappeln*) o el fr. *babiller* ‘charlar, cascar’<sup>3</sup>. A su vez, García de Diego (1968, p. 152) pone la voz natural *BABL*, “onomatopeya del hablar confuso y balbuciente”, como base de *bable* e insiste en que la *-l-* es elemento esencial de la onomatopeya, en contra de la opinión común que la considera un índice de valor frecuentativo. Menciona la supuesta relación con el cast. *habla*, “pero probablemente sería en su origen una denominación crítica de los que no entendieran bien el conjunto o algún dialecto suyo, de tan gran variedad en sus regiones”.

No vamos a negar aquí la apariencia onomatopéyica de la palabra, tal como se desprende de las formaciones paralelas anteriores; pero sostenemos que su origen primordial reside en *FABLA*, como apuntaba Munthe. Esa es una solución que prácticamente se descarta en el DCECH:

es sumamente improbable que el origen de *bable* tenga que ver con el de *habla*, pues el cambio de una *f-* latina en *b-* solo se explicaría si el cambio hubiese pasado a través del vasco, donde no existe,

---

2 Munthe 1988 [1887], p. 5, n. 1.

3 EDEL 1978, s. v. *babble*; *Lexis* 1975, s. v. *babiller*: “(d’ une onomat. *bab*, indiquant le mouvement des lèvres : v. 1300)”.

o de haber habido cruce con el radical onomatopéyico *babl-*. Es preferible admitir que se trata de este únicamente.

Dado que la evolución fonética es improcedente, se abre la posibilidad al cruce de *FABLA* con el radical onomatopéyico *babl-*; pero inmediatamente se abandona por la opción de la onomatopeya plena, sin cruce alguno. Sin embargo, si el punto de partida está en *FABLA*, entonces el cruce posterior con la onomatopeya resulta muy probable.

En opinión de Gil (1990, p. 285), *bable* se remonta a la época de la romanización de Asturias. Hablando de topónimos bien conservados en la región (*Lugones* < *Luggones*, *Argandenes* < *Arganticaeni*, etc.), añade que sus habitantes “chapurreaban una lengua que sonaba extraña a oídos más romanizados: pues *bable* no ha de ser sino el adverbio *barbare*, con que los hispanos cultos y latinados motejaban el desaliño de aquellos pastores y guerreros *barbare loquentes*”. En nota agrega que *bable* funciona como *vascuence* < *uasconice*, a la vez que considera inciertos tanto el origen onomatopéyico como la derivación de *habla*. Ahora bien, la aplicación de *BARBARE* al empleo del sustrato romano no parece una hipótesis más segura.

El estado de la cuestión histórica y etimológica de *bable* lo ha resumido en dos páginas y media García Arias<sup>4</sup>. La palabra no se atestigua hasta el siglo XVIII y, como si careciera de tradición popular, se la conoce por medio de las citas de ciertos escritores. Lo cual no es una sorpresa, pues estas llegan como testimonios escritos, mientras aquella desde su origen pertenece a la tradición oral. Por ello, su documentación tardía no es prueba de que sea una voz de invención relativamente reciente. Designando el habla cotidiana en zonas rurales, nada de particular tiene que *bable*, con una larga trayectoria histórica, haya tardado en pasar del uso oral al texto escrito. ¡Cuántas otras palabras no han te-

---

4 García Arias 2009, pp. 64-66, s. v. *bable*.

nido esa fortuna y sin atestiguación gráfica se han perdido en el largo y azaroso tránsito del latín al romance o ya en su etapa netamente románica!

La datación cronológica no debe separarse del aspecto geolingüístico. García Arias hace hincapié en el uso minoritario de *bable* con respecto a las expresiones *habla asturiana* o *dialecto asturiano*. El hecho de que a veces requiera una glosa en expresión disyuntiva (“lo que pertenece al bable o dialecto asturiano”) es bastante indicativo de su mayor rareza. Ese empleo restringido de la palabra da pie a sospechar que *bable* ha debido de tener, dentro de la diversidad dialectal asturiana, un origen y evolución local. Lo que puede explicar sus dificultades de datación y sus limitaciones para generalizarse como denominación idiomática. Pero hay otros factores, entre los que destacamos el aspecto sociolingüístico que asocia *bable* al medio rural. Por designar en particular el habla rústica y menos fina, la palabra no se ha visto libre de connotaciones peyorativas. Por si fuera poco, las explicaciones etimológicas que han tenido mayor crédito, lejos de favorecer el buen uso de la palabra, han contribuido a perjudicarlo.

En efecto, García Arias acepta sin titubeos el adverbio BARBARE como mejor étimo de *bable*:

Etimológicamente *bable* tien el so aniciu nel alverbiu llatín BARBARĒ ‘en llingua estranxera’, ‘rudamente’, ‘al mou de los extranxeros’, según construcciones posibles como *barbare loqui* ‘falar basto, con faltes’<sup>5</sup>.

Es verdad que, por su forma adverbial, BARBARE facilita una denominación en *-e* final, análoga a la de ROMANICE > *romance* o VASCONICE > *vascuence*. Pero la facilidad de la forma no puede acallar el fuerte reparo de que en tal caso se trataría de un exónimo discriminatorio, como si hablar en bable hubiera sido

---

<sup>5</sup> García Arias 2009, p. 65.

en principio una modalidad 'bárbara, extraña'; esto es, un nombre dado desde fuera por los habitantes más romanizados, como decía Gil, a los que no pasaban de chapurrear el latín. Lo cual sería una sorprendente novedad en el mundo romano. Y si en el bable hubiera una mayor presencia de elementos de sustrato que en otros dialectos hispánicos, podría haber base para sostener tal hipótesis; pero ni siquiera una lengua tan diferente como el vascuence ha recibido un nombre semejante. Creemos, pues, que *bable* dista de ser un exónimo de esas características; muy al contrario, todo parece indicar que es nombre autóctono, autóctono latino, como el habla que designa.

Después de *barbare*, sin salir de la categoría adverbial, se piensa en el adverbio *BALBE*, como si el bable fuera un habla balbuciente: "tamién podría almitise la posibilidá de partir d'una metátesis del llat. *BALBE*, 'tatecando', 'escuramente', 'confusamente'"<sup>6</sup>. En el plano expresivo *BALBE* resulta un étimo tan fácil que para llegar a *bable* solo ha de producirse el traslado de la *-l-*. Sin embargo, los inconvenientes de contenido no son inferiores a los de *BARBARE*. Mientras *barbarus* y *barbare* se aplican a la forma ininteligible de hablar y, consiguientemente, a los pueblos y a sus lenguas, *balbus* ('tartamudo') y *balbe* ('con tartamudeo') tienen referencia individual; es decir que los que balbucean son individuos y no los pueblos o sus lenguas. En este sentido nada apuntan los dos empleos de *balbe* (Lucrecio y Varrón), los únicos registrados en el ThLL, en los que se trata de apoyar la hipótesis, ni tampoco se halla ningún otro testimonio con semejante referencia bajo *balbus* o *balbutire*. Por tanto, las hipótesis que pretenden hacer descender *bable* de las formas adverbiales *BALBE*, indicando una forma de balbuceo, o *BARBARE*, como si se tratara de un modo de hablar extraño e ininteligible, nos parecen demasiado débiles. *FABLA* sugerida por Munthe y la base onomatopéyica, que merecen poco crédito a García Arias, son en nuestra opinión bastante más probables. En la primera situamos el origen de *bable* y la segunda

---

6 García Arias 2009, p. 65.

pudo contribuir a la consolidación de la palabra e influir en su connotación peyorativa.

## 2. Explicación morfológica y reinterpretación onomatopéyica

Mientras *-a > -e* (*sidre = sidra*) es un resultado que se registra en algunas variedades del asturiano<sup>7</sup>, la *f-* ha sido un gran obstáculo fonético para sostener *FABULA > FABLA* como étimo de *bable*. Nadie duda de la importancia capital que tiene la fonética histórica para comprender la evolución de las palabras. Ahora bien, en la conformación de estas influyen no pocas veces otros factores que tienen que ver con la estructura morfológica más que con las leyes fonéticas. Si cambiamos el punto de vista fonético por el morfológico, caeremos en la cuenta de que la mayor dificultad para identificar el étimo que proponemos aquí no reside exactamente en la *F-* de *FABULA*, sino en la *b-* inicial de *bable*. Es esta la que parece comunicarle valor onomatopéyico y le ha dado el aspecto de parónimo de *barbare* y *balbe* junto con el sentido peyorativo. Es inútil recargar las tintas sobre ese sentido negativo de *fabla*, tan pronto como se acerca a *bable*, pues en principio no le es propio. Antes bien, solo *FABULA*, como étimo auténtico, puede acallar los malos ecos que parece suscitar *bable*.

Desde el punto de vista histórico, como variedad lingüística, el bable es la continuación regional del latín vulgar. Puesto que entendemos la expresión *latín vulgar* sin connotación despectiva, al menos desde que se constituye en denominación técnica de la lengua común no literaria<sup>8</sup>, creemos que *bable* tampoco merece semejante señalamiento y, en consecuencia, debe ser cohonestado como nombre del habla popular de la *llingua asturiana*. Recordemos que el latín antes de ser la lengua de Roma, antes de hacerse urbano, es la lengua del Lacio, la lengua de una sociedad rural, y que la mayor parte del léxico latino fundamental no ha

---

7 Andrés Díaz 2013, p. 81.

8 García-Hernández 2015.

logrado desprenderse del natural olor a campo. En el origen de cualquier familia léxica hay parientes humildes y, cuando decimos humildes, solo queremos decir apegados a la tierra, como indica el adjetivo *humilis*, cuya base *humus* ('tierra') no deja de ser la de *homo* y *humanus*.

Que el origen de *bable* está en el lat. *FABULA* > *FABLA* se le puede ocurrir a cualquiera, pues en definitiva el *bable* no es sino *fala*. Pero, mientras el sustantivo *fala* es evolución fonética normal de *fabla* en asturiano y en iberorromance occidental, *bable* es una variante morfológica que se remonta también a *fabla* y se diferencia menos de este que de *fala*. Si esto es así, el que *bable* no se atestigüe con anterioridad al s. XVIII no es óbice para que la palabra haya tenido una tradición multiseccular. Pero si el paso de *fabla* a *bable* no resiste la explicación fonética, este es el momento de mostrar otra vía de solución al drástico cambio morfológico que ha conferido a la palabra un aspecto onomatopéyico. Ello supondrá retirarles la máscara que oculta su verdadero origen y ha hecho entenderlo como si fuera la imitación de un blablá bárbaro o balbuciente.

En efecto, la *b-* inicial de *bable* tiene toda la pinta de no ser original y haber enmascarado la procedencia de la palabra. Esa primera *b-* que no resulta de una evolución fonética regular es ante todo producto de la duplicación de la segunda *-b-*. Se trata de un cambio morfológico en la estructura de la palabra que se configura sobre la reduplicación silábica de la misma consonante. La *b-* inicial de *bable* es adventicia como la *t-* del fr. *tante* ('tía'), procedente del lat. *AMITA* ('tía paterna'), *t-* que no tenía el francés medieval *ante* ni tiene el ingl. *aunt*. Es el mismo fenómeno reduplicativo del mall. *konko* y del camp. *kunku*, procedentes de *AUUNCULUS* ('tío materno'), como el fr. *oncle*<sup>9</sup>.

La reduplicación consonántica, común en los términos de parentesco y característica de la lengua afectiva infantil, familiar y

---

9 REW 1972, § 838.

popular, consiste, pues, en repetir la misma consonante en sílabas consecutivas, bien donde no hay ninguna, como en *t-ante* y *k-onko*, bien donde hay otra que se asimila a la predominante; así el lat. *bibo* ('beber'), procedente del protoitálico *\*pibe/o-* (cf. sic.  $\pi\iota\beta\epsilon$ )<sup>10</sup>. En este caso, sacrificar una consonante lleva consigo reforzar la otra y ese refuerzo es característico del lenguaje elemental, como es el habla infantil que forma palabras de estructura sencilla. Un niño que pide el chupete, si prescinde de la primera sílaba, sobre la forma (*chu-*)*pete* puede crear *pepe* o *tete*; o si pide el móvil puede transformar, ocasionalmente, *m-óvil* en *bóvil*. La transformación de la *b-* inicial de *bable* es como la *ch-* de *chocho* en principio 'grano (rojo)', doblete de *cocho* (con referentes tan diversos como 'cerdo' o 'perro'), que procede del lat. *COCCĒUS* 'de color rojo', adjetivo de *coccum* 'agalla de la cochinilla', o como la *ch-* de las variantes *chucho* ('perro') y *chocha* (ave con plumaje de color gris 'rojizo')<sup>11</sup>. Si reparamos en el ingl. *Bob*, hipocorístico de *Robert*, comprobamos que en él se ha producido el mismo cambio en *b-* inicial que en *bable*, naturalmente por influencia de la *-b-* siguiente, tras la que se pierde el resto de la palabra: *R-ob(ert)* > *B-ob*. Eso no quiere decir que *bable* haya sido una formación infantil, sino más bien familiar y afectiva.

No parece que los etimólogos modernos, siempre atentos a los cambios fonéticos, hayan concedido a la reduplicación silábica la importancia que merece como factor de la morfología léxica. Ese déficit de atención contrasta con el exceso atribuido a la onomatopeya. A menudo basta ver la repetición de una consonante para suponer que se trata de una palabra imitativa. Si no fuera conocido el étimo de la palabra *gragea*, no sería extraño encontrar una explicación más o menos así: voz creada a partir de la onomatopeya *grag-*, ruido que se hace al paladear o masticar una *gragea*. Esto es, un étimo análogo al que se da de *cocho* o *guarro*, como si provinieran de las voces de llamada *coch* y *guarr*.

---

10 André 1978, p. 96; EDLIL 2008, s. v. *bibo*.

11 García-Hernández 2013a, pp. 51-56.

Por fortuna, la entrada de aquella en español tiene datación y se conoce su procedencia. La *g-* inicial es espuria, de manera que *gragea* ha reemplazado la forma antigua *dragea*, préstamo del fr. *dragée*, a su vez, procedente del lat. *tragemata* (especie de ‘postre’). Quizá ese cambio de la consonante inicial no ha sucedido sin el cruce de *grano*.

Los cruces morfológicos se prestan a remotivar el origen. Por ello, no quisiéramos caer en el extremo contrario sin admitir que formas onomatopéyicas, cual la base *BABL*, hayan podido influir en la consolidación y reinterpretación del vocablo *bable*, una vez modificado por reduplicación silábica. La cercanía referencial, significativa o evocativa de dos palabras las empuja a cruzar sus formas, sobre todo si estas son también próximas y aún sin serlo. Para no ir más lejos, el cast. *hablar*, que contiene el mismo radical propuesto aquí para *bable*, se cruzó con su sinónimo *parlar*, préstamo de la Rumania central que heredó el lat. *parabolare*, en la locución jocosa *ni hablar ni pablar*, usada para indicar silencio absoluto<sup>12</sup>.

Es un hecho que la reduplicación silábica ha oscurecido el parentesco de *bable* con *FABULA* > *FABLA*, hasta hacerlo caer en la compañía de *BARBARE* y *BALBE*, como si fuera una triste imitación del blablá. Sin embargo, el *bable* no consiste en *barbare* o *balbe fabulari*; no es una *barbara* o *balba fabula*; tan solo es la *fabla* natural del país. Eso quiere decir que *bable* tiene un carácter fundamentalmente sustantivo, lejos de las modalidades adverbiales *barbare* y *balbe*. Si con ellas se ha tratado de buscar un origen adverbial paralelo al de *romance* (< lat. *romanice*) y *vascuence* (< lat. *uascunice*), estas son netamente objetivas, mientras las adjudicadas

---

12 En la primera edición (Valencia 1511) del *Cancionero General* de Hernando del Castillo se ha supuesto la existencia de una forma *babla* que, con el significado de ‘habla confusa o necia’ o simplemente ‘habla’, podría ser un antecedente de *bable* (DCECH (1980, s. v.; ya en el DCELC 1954, s. v.; también García de Diego 1968, p. 152). Sin embargo, Joaquín González Cuenca, último editor del *Cancionero* (Hernando del Castillo 2004, II, p. 250), nos comunica que en la edición de 1511 se lee claramente ‘habla’.

a *bable* son negativas y descalificadoras; la referencia de *barbare* es menos gentilicia que articuladora, al igual que la de *balbe*. Esa remisión etimológica a adverbios extraños ha contribuido y contribuye no poco, según hemos dicho, a impregnar de sentido despectivo la palabra. Por tanto, en principio *bable* no es creación onomatopéyica. Si la palabra se siente y se reinterpreta como onomatopeya, esta no es original, sino sobrevenida, como efecto secundario de la reduplicación silábica que nivela la consonante labial de la primera sílaba con la de la segunda.

Superada, pues, la dificultad mayor que representa la *b-* inicial, otras menores carecen ya de importancia. Por tratarse de un cambio morfológico, es posible que *bable*, con su aspecto novedoso, haya tenido un punto de partida muy local, a la vez que se generalizaba *fala* como resultado regular de la evolución fonética. El cierre de la *-a* final de *fabla* en *bable* habrá favorecido el cambio al género masculino, como ocurre en el asturleonés *Las Arribes*, corónimo salmantino de la margen izquierda del Duero, próximo a Portugal, que pasa a ser *Los Arribes* entre los castellanohablantes. En cambio, los propios usuarios del bable mantendrían normalmente *\*la bable*, como *la sidre*<sup>13</sup>.

En el proceso de evaluación de este trabajo un informante anónimo nos ha brindado la plausible sugerencia de que la *-e* permita ver en *bable* un derivado posverbal de *fablar*, análogo a *cante* y *pringue* respecto de *cantar* y *pringar*. Desde aquí le expresamos nuestro reconocimiento. Pudo ser así o quizá no es necesario llegar al derivado posverbal, si *\*fable* surgió directamente como variante de *fabla*, según el procedimiento explicado en el párrafo anterior; sin apoyo verbal, el fenómeno se da asimismo en castellano (*alfalfa* y *alfalfe*). En cualquier caso, el cambio de la vocal final (*\*fabl-e*) no solo sería anterior al de la consonante ini-

---

13 No obstante, también en este caso se documenta *el sidre*, fenómeno que, según nos explica Clara E. Prieto, puede “estar favorecido por el carácter semántico continuo de *sidra*, que lo hace combinarse con adjetivos neutros: *la sidra fresco* / *la sidre fresco* / *el sidre fresco*”.

cial (*b-able*), sino que de él surgiría la bifurcación del doblete *fabla* / *\*fable*, con resultado dispar en *fala* / *bable*.

Es más, la nueva forma hipotética *\*fable* no deja de presentar cierto interés sociolingüístico y sobre todo cronológico. Pudo haber aparecido, precisamente, para diferenciar una modalidad de habla inferior a la que se entendía normalmente como *fabla*. Y a diferencia de esta, que fue ya sin duda forma sincopada latina mucho antes que protorromana, *\*fable* sería plenamente románica; pero, como variante de *fabla*, anterior a la forma evolucionada *fala*. Habida cuenta, pues, de este término *ante quem* de *\*fable*, cabe suponer también que *bable* sea bastante más remoto de lo que sugieren sus testimonios dieciochescos.

Sea como fuere, la larga evolución desde *FABLA* a *bable*, pasando por la forma intermedia *\*FABLE*, es un buen ejemplo de la fluida corriente de la lengua hablada, en su milenar curso latinovulgar y románico, hasta adquirir formas imitativas de apariencia onomatopéyica. En este y en otros muchos casos es inútil apelar al origen onomatopéyico, pues se trata de palabras que no han surgido por imitación de sonidos naturales. El esp. *cocho* y *cochino* y el fr. *coche* y *cochon* no se han formado a partir de una voz previa *coch coch*, repetida para llamar la atención del cerdo, o de cualquiera de sus variantes regionales, según se lee en Rohlfs (1968, pp. 205-206) y en cualquier diccionario etimológico, sino que son estas voces las que se han creado sobre unos nombres aplicados en principio al cerdo como adjetivos de color (*porcus cocceus, coccinus*)<sup>14</sup>. Asimismo, la palabra *bable*, aunque haya adquirido la apariencia de voz onomatopéyica, sobre todo gracias a la reduplicación consonántica, no deja de tener el valor original de ‘habla’ o ‘forma peculiar de hablar’, como descendiente del lat. *FABULA* > *FABLA*.

Por tanto, *bable* no deja de ser una denominación propia del habla popular, local y regional de Asturias. Como nombre castizo de la lengua asturiana hablada, *bable* no es sino una variante

---

14 García-Hernández 2013a, pp. 51-59; 2013b, pp. 72-76.

morfológica de *fala* y no es diferente del *habla* castellana, de la *fala* gallega o de cualquier otra fala de las que aún sobreviven al oeste de la Vía de la Plata. Más allá de la cuestión del nombre, como manifestación oral de la lengua asturiana, como habla propia del país, el bable es continuación genuina del latín vulgar. He ahí, pues, un origen remoto, un origen que seguramente se remonta al amanecer de la romanización de Asturias, cuando hablar en latín era ya *fabulare* y el habla era *fabula* > *fabla*. Y desde *FABLA*, voz latina y románica, se llega lo mismo a *bable* por evolución morfológica que a *fala* por evolución fonética. Por muy local que haya sido el origen de *bable*, estaremos de acuerdo en que su uso no es menos legítimo que el de *fala* o *habla*.

Durante siglos de analfabetismo popular el bable, con su diversidad dialectal propia, ha sido el habla que ha sostenido lo que hoy es la “lingua” asturiana o el asturiano. Como rama o vástago del tronco latino, por más humilde que sea, difícilmente podría ser considerada bárbara. Si el bable nació tras la romanización del territorio astur, no puede considerarse ni por sus hablantes ni por sí misma una lengua bárbara. ¿Es una lengua ruda? En cuanto que ha pasado siglos como dialecto sin cultivo literario, lo será en mayor o menor medida. Pero, como lengua hablada el bable no puede menos de ser familiar y a la vez, por el origen (*fabla*) de su nombre, afable. Desde la perspectiva de la lengua latina y muy en particular desde el latín vulgar, cuyo nombre, tildado también a menudo de tonalidad peyorativa, ha logrado consagrarse como denominación técnica, no podemos menos de sentir viva simpatía por la pervivencia natural del bable, una de sus hijas menores.

### Bibliografía

ANDRÉ, JACQUES. *Les mots à redoublement en latin*, París, Klincksieck, 1978.

ANDRÉS DÍAZ, RAMÓN DE. *Gramática comparada de las lenguas ibéricas*, Gijón, Ediciones Trea, 2013.

DCECH: Joan Corominas & José A. Pascual. *Diccionario crítico etimológico castellano hispánico*, Madrid, Gredos, 1980.

DCELC: Joan Corominas. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1954.

DRAE: Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, Barcelona, Espasa Libros, 2014.

EDEL: Walter W. Skeat. *An Etymological Dictionary of the English Language*, Óxford, Clarendon, 1978.

EDLIL: Michiel de Vaan. *Etymological Dictionary of Latin and the other Italic Languages*, Leiden, Brill, 2008.

GARCÍA ARIAS, XOSÉ LLUIS. *Propuestas etimolóxicas (4) del Diccionariu etimolóxicu de la Llingua Asturiana*, Uviedo, Academia de la Llingua Asturiana, 2009.

GARCÍA DE DIEGO, VICENTE. *Diccionario de voces naturales*, Madrid, Aguilar, 1968.

GARCÍA-HERNÁNDEZ, BENJAMÍN. «Del lat. *coccum*, *cocceus* y *cocinus* al esp. *coco*, *cocho*, *cochino* y *cochinilla*», *Revista de Filología Española* 93, 2013a, pp. 41-70.

GARCÍA-HERNÁNDEZ, B. "El origen ignoto de *coche* y *cochon*", *Polyphonia Romana. Hommages à Frédérique Biville*, A. Garcea & al., eds., Hildesheim, Olms, 2013b, 169-182.

GARCÍA-HERNÁNDEZ, B. «Nombre y concepto de *latín vulgar*. *Vulgus*, *uulgo* y *uulgaris*. Generalidad y diversidad», *Latin vulgairre – latin tardif* 11, Alfonso García Leal, ed., Oviedo, Universidad de Oviedo, 2015, (en prensa).

GIL, JUAN. «Notas de toponimia», *Studia indogermanica et palaeohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena*, F. Villar, ed., Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, Servicio editorial de la Universidad del País Vasco, 1990, pp. 285-290.

HERNANDO DEL CASTILLO. *Cancionero general*, Joaquín González Cuenca, ed., Madrid, Castalia, 2004.

LEXIS. *Dictionnaire de la langue française*, Jean Dubois, dir., París, Larousse, 1975.

MUNTHE, ÅKE W:son. *Anotaciones sobre el habla popular de una zona del occidente de Asturias*, trad. de M.<sup>a</sup> Berta Pallarés, ed. de Ana M.<sup>a</sup> Cano González, Uviéu, Universidad de Oviedo, 1988 [1887].

REW: Wihelm Meyer-Lübke, *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, C. Winter, 1972.

ROHLFS, GERHARD. «Traditionalismus und Irrationalismus in der Etymologie», *Festschrift Walther von Wartburg zum 80. Geburtstag*, K. Baldinger, ed., Tubinga, Niemeyer, 1968, II, pp. 197-212,

THLL: *Thesaurus linguae latinae*, Leipzig, Teubner, 1900 ss.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

